Préstame un martes cualquiera

El amor también necesita tiempo sin una ocasión especial



Laura Bellini

Préstame un martes cualquiera

El amor también necesita tiempo sin una ocasión especial

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384905777

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Condiciones que no estaban en el plan 12
Capítulo 2 - El mapa de lo posible 23
Capítulo 3 - No todo cabe en el mapa..... 37
Capítulo 4 - Después del horario..... 47
Capítulo 5 - El derecho a disponer de mi propio tiempo..... 60
Capítulo 6 - Un momento que no habíamos planeado 70
Capítulo 7 - El día después de todo..... 82
Capítulo 8 - Más allá de su taller 91
Capítulo 9 - Cuando el plan se encuentra con la realidad.....103
Capítulo 10 - Sin ninguna ocasión especial 116
Capítulo 11 - Lo que queda después de la noche 129
Capítulo 12 - La noche que iba a ser nuestra 146
Capítulo 13 - El precio de las buenas oportunidades 162
Capítulo 14 - La verdad entre nosotros 172
Capítulo 15 - Todo lo que sigo dejando para después 184
Capítulo 16 - Un espacio para el silencio 194
Capítulo 17 - Una vida fuera del calendario..... 205
Capítulo 18 - El primer paso sin promesas 216
Capítulo 19 - Ya no hace falta esperar 231
Capítulo 20 - Un martes cualquiera.....240

INTRO

Los martes no debería pasar nada.

Al menos, esa era la regla que había intentado establecer en mi vida desde que comprendí que, si no me reservaba al menos un día libre de las expectativas ajenas, pronto empezaría a tratar mi propio apartamento como una sala de espera entre una obligación y la siguiente.

El martes era mío. Sin inauguraciones de exposiciones, reuniones con artistas, llamadas de comisarios ni conversaciones amables con personas que siempre necesitaban algo para ayer. Sin copas de prosecco bebidas de pie y sin sonrisas que hubiera que mantener incluso cuando los pies dolían después de horas caminando con tacones. Ningún evento que exigiera una iluminación adecuada, las sillas colocadas en el lugar correcto y la presencia de alguien capaz de anticipar que otra persona olvidaría traer un alargador.

Tenía treinta y cuatro años y cada vez valoraba más las cosas que no necesitaban organización.

Aquel martes quería recoger unas impresiones en el estudio fotográfico, comprar pan recién hecho, regresar a casa antes de las seis de la tarde y sentarme a la mesa con mi ordenador portátil. Me esperaba una propuesta de exposición en la que llevaba trabajando varias semanas. Era importante, ambiciosa y lo bastante prometedora como para que no estuviera dispuesta a permitir que nada me distrajera de los últimos retoques. Necesitaba silencio, concentración y unas cuantas horas durante las cuales nadie me preguntara si podía encargarme de alguna otra cosa.

Sin embargo, Varsovia tenía una opinión diferente sobre mis planes.

En una calle que conocía desde hacía años, unos obreros habían levantado la acera justo donde normalmente tomaba un atajo para llegar al estudio. Tuve que dar toda la vuelta a la manzana, esquivando coches aparcados a lo largo de un estrecho arcén. El aire olía a hormigón húmedo, al café de una pequeña cafetería de la esquina y a algo recién horneado que salía de una panadería. Desde las ventanas de los pisos bajos llegaban sonidos de televisores, mientras una mujer mayor con un abrigo azul marino intentaba convencer a su perro de que un charco no era el lugar adecuado para descansar por la tarde.

Un barrio corriente. Un día corriente. Exactamente lo que necesitaba.

La carpeta con las impresiones pesaba más de lo que había calculado. Me la cambié de mano y me detuve delante de un pequeño taller de bicicletas para acomodarme la correa del bolso, que se me resbalaba del hombro. A través de la puerta abierta vi a un hombre inclinado sobre una bicicleta. Llevaba las mangas de una camisa oscura remangadas y tenía una mancha de grasa en el antebrazo que, al parecer, todavía no había tenido tiempo de limpiarse. Trabajaba tranquilamente, con la concentración de alguien que no necesitaba mirar el reloj cada tres minutos para saber qué tenía que hacer.

Entonces, una de las láminas se deslizó fuera de mi carpeta.

El viento levantó el papel antes de que pudiera atraparlo. La hoja resbaló por la acera y terminó junto a la rueda

delantera de una bicicleta que estaba justo a la entrada del taller.

—Se le escapa la documentación -dijo el hombre.

Recogió la lámina antes de que yo pudiera agacharme. No la arrugó ni la agarró por el centro. La sujetó por dos esquinas, como si supiera desde el principio que aquel papel podía ser mucho más importante para alguien de lo que aparentaba.

—Gracias. En realidad, no es documentación, sino varias horas de mi vida en formato A2.

Miró la lámina y después me miró a mí.

—Entonces menos mal que no ha acabado debajo de una rueda.

—Habría sido una reparación bastante costosa.

—¿Para el papel o para usted?

Sonreí antes de decidir si su pregunta merecía una respuesta.

Tenía una voz tranquila y una manera de mirar que no se parecía en nada a las conversaciones con las personas que solía conocer en los eventos profesionales. No intentaba causar una buena impresión de inmediato. Tampoco buscaba una oportunidad para contarme algo sobre sí mismo. Simplemente esperaba a que recuperara lo que era mío.

Debía de tener algo menos de cuarenta años, el pelo oscuro y el rostro de alguien que no necesitaba comprobar cada mañana si tenía un aspecto suficientemente presentable. No estaba descuidado. Más bien parecía poco interesado en demostrarle nada a nadie.

—¿Tiene más de estas? -preguntó, señalando las hojas que sobresalían de la carpeta.

—Espero que no todas intenten escapar.

—Por experiencia, sé que las cosas pueden hacer precisamente lo que uno menos espera.

—¿Habla del papel o de las bicicletas?

—Hoy, del papel. Las bicicletas normalmente solo necesitan un ajuste adecuado.

Recogí la lámina y la volví a guardar en la carpeta.

—Eso suena como si todo pudiera repararse.

—No todo. Pero algunas cosas merecen que les demos un poco de tiempo.

No sabía por qué había recordado precisamente aquella frase. Quizá porque la había pronunciado sin darle ninguna importancia especial, sin esperar que yo la considerara una reflexión profunda. O quizá porque llevaba demasiado tiempo sin concederle tiempo a nada. Todo tenía una fecha límite, un objetivo y un lugar en mi calendario.

Miré el reloj. Tenía que seguir adelante.

—Gracias de nuevo.

—No hay de qué.

Me había alejado unos pasos cuando escuché su voz a mi espalda:

—Tenga cuidado con el viento. Hoy tiene sus propios planes.

Me volví.

—Yo también tengo los míos. Y pienso cumplirlos.

Esta vez sonrió con más claridad.

—Buena suerte.

No le pregunté su nombre. Él tampoco preguntó el mío. Fue un intercambio breve y corriente, uno de esos encuentros que deberían desaparecer de la memoria antes incluso de llegar al final de la calle.

Y, sin embargo, cuando llegué al estudio, me descubrí pensando durante unos instantes en sus manos levantando cuidadosamente aquella lámina. En que no había intentado ayudarme a la fuerza, aunque podría haberlo hecho. En su manera de bromear sin convertir la conversación en una exhibición de ingenio.

Después recibí una llamada.

Era la señora Helena, del centro vecinal del barrio. Nos conocíamos desde hacía varios años, porque en una ocasión había organizado allí una pequeña exposición de fotografías de los residentes. Me recordaba como alguien capaz de encontrar un espacio para una exposición incluso cuando la única pared libre era la que estaba detrás de la puerta del almacén.

—Łucja, perdona que te moleste -empezó-. Sé que tienes mucho trabajo, pero quería pedirte un favor.

Solo con aquellas primeras palabras comprendí que mi martes empezaba a peligrar.

—Te escucho.

—Queremos organizar algo para la gente del barrio. Un pequeño festival. Música, algunos expositores locales, quizá talleres para niños y algo de comida. No tenemos un presupuesto grande, pero sí un espacio y varias personas dispuestas a ayudar. Lo que nos falta es alguien capaz de coordinarlo todo.

Miré mi ordenador portátil abierto. En la pantalla me esperaba el proyecto de exposición sin terminar y, a su lado, una lista de cosas que todavía tenía que corregir.

—Helena, de verdad que ahora no puedo hacerme cargo de otro evento.

—Lo sé. Por eso no te estoy pidiendo que lo hagas todo tú sola.

—Normalmente así es como empieza.

Al otro lado hubo un breve silencio y después escuché una risa discreta.

—Tienes razón. Pero esta vez contamos con otra persona. Tiene un taller de bicicletas cerca de aquí. Se ha ofrecido a ayudar con la organización y a atraer a los comerciantes y expositores de la zona. Es bastante testarudo, pero dicen que conoce a medio barrio.

Recordé al hombre que estaba en la puerta del taller. La camisa oscura, la mancha de grasa en el antebrazo y aquella frase sobre las cosas a las que merecía la pena darles un poco de tiempo.

—¿Cómo se llama? -pregunté antes de pensar para qué necesitaba saberlo.

—Klemens Lis.

Me recosté en la silla.

Así que tenía nombre.

—Łucja, no tienes que tomar una decisión por teléfono. Ven mañana a una reunión breve. Conocerás la propuesta y verás si tiene sentido. Si decides que no es para ti, no vamos a insistir.

Debería haberme negado. Tenía suficiente trabajo, mis propias ambiciones y unos límites que había establecido cuidadosamente. No quería otro proyecto en el que la gente confundiera mis habilidades profesionales con una disponibilidad ilimitada. Por otra parte, la señora Helena no me estaba pidiendo que sacrificara toda mi vida. Solo quería mantener una conversación.

—De acuerdo. Iré a la reunión. Pero no prometo nada.

—Por supuesto. Te lo agradezco mucho.

Cuando colgué, permanecí sentada sin moverme durante unos instantes. Al otro lado de la ventana alguien cerraba una verja metálica, un ciclista pasaba por la calle y un hombre salía de la panadería de enfrente con una bolsa de papel bajo el brazo. El mundo no había cambiado en absoluto. Solo que mi tranquilo martes había empezado a expandirse peligrosamente para dar cabida a los planes de otras personas.

Volví al proyecto, pero mis pensamientos ya no querían ordenarse en columnas perfectamente alineadas. Anoté la reunión del miércoles en el calendario y, a continuación, añadí también la hora de finalización. No pensaba permitir que un pequeño festival se convirtiera en otro trabajo a jornada completa.

Por la noche, cuando finalmente regresé a casa, dejé la carpeta junto al escritorio y me quité el abrigo. En el teléfono me esperaba el recordatorio de la reunión del día siguiente. Deslicé el dedo por la pantalla, como si así pudiera apartar también todo lo que pudiera venir asociado a ella.

Volví a recordar el taller, la puerta abierta y al hombre que no había intentado retenerme más tiempo del que yo había querido quedarme.

No sabía si Klemens Lis sería alguien con quien resultara fácil trabajar. Ni siquiera sabía si aquella tranquilidad era realmente un rasgo de su carácter o simplemente la impresión que me había causado mientras reparaba una bicicleta.

Lo que sí sabía era que llevaba mucho tiempo encontrando tiempo para todo lo que tenía importancia profesional. Para los sueños de los demás, sus plazos y sus celebraciones. Me resultaba mucho más difícil dejar espacio para algo que no pudiera incluirse en un horario.

Cerré el ordenador portátil y apagué la lámpara.

Quizá al día siguiente conseguiría convencer a Klemens de que el festival debía estar bien organizado y de que mis límites no estaban sujetos a negociación.

Pero ¿por qué, antes incluso de conocerlo de verdad, había empezado a preguntarme si él también sería capaz de encontrar tiempo para mí cuando no hubiera ningún evento de por medio?

Capítulo 1 - Condiciones que no estaban en el plan

El miércoles, a las cinco y media de la tarde, estaba frente a la entrada del centro vecinal con mi cuaderno, mi ordenador portátil y la convicción de que, en una hora, ya estaría de camino a casa. Por si acaso, había anotado en mi calendario que la reunión terminaría a las seis y media. No me gustaba dejar espacios vacíos en mi agenda para las necesidades de otras personas. Demasiadas veces había comprobado que, si no establecía una hora de finalización, alguien siempre encontraba otros tres asuntos que era imprescindible tratar.

El centro vecinal ocupaba un edificio de una sola planta, situado entre una farmacia y una tienda de alimentación. En el interior olía a café, papel y cera para el suelo. En el tablón de anuncios había hojas informativas sobre actividades infantiles, intercambios de libros y la búsqueda de alguien que pudiera cuidar de un perro mayor. Alguien había dejado una maceta de albahaca en el alféizar de la ventana. Tenía el aspecto de llevar varios días esperando a que apareciera un propietario más responsable.

La señora Helena me recibió en la puerta con tanto entusiasmo como si acabara de conseguir un patrocinador para todo el festival y no simplemente a una persona que, la noche anterior, todavía se había planteado cancelar la reunión.

—Sabía que vendrías.

—Dije que vendría. No dije que me quedaría.

—Eso ya es algo. Ven, tenemos café.

Me condujo hasta una sala más amplia. Alrededor de una mesa larga había tres personas. Reconocí a la señora Jadwiga, de la biblioteca del barrio, a un chico joven que llevaba una sudadera con el logotipo de un club deportivo local y a un hombre al que ya había visto alguna vez, aunque no recordaba haber hablado nunca con él. Klemens Lis estaba sentado en uno de los extremos de la mesa, con los brazos apoyados en el respaldo de su silla. Llevaba un jersey oscuro y tenía el pelo como si se lo hubiera peinado con los dedos en lugar de utilizar un peine.

Levantó la mirada cuando entré.

—Buenos días, señora del papel.

—Buenos días, señor del viento.

La señora Helena nos miró con curiosidad.

—¿Ya os conocéis?

—Tuvimos un breve encuentro en la acera -expliqué mientras ocupaba una silla libre.

—Un encuentro que terminó con el rescate de documentación importante -añadió Klemens.

—De una sola lámina -precisé.

—No le restaría mérito al logro.

Me senté frente a él. No pensaba analizar aquel intercambio, aunque advertí que tenía cierta habilidad para responder de manera que siempre dejaba espacio a su interlocutor para replicar. No intentaba dominar la conversación, pero tampoco se retiraba por evitar un desacuerdo.

Helena extendió varias hojas sobre la mesa.

—Bien. Empecemos. La idea es sencilla. Queremos organizar un festival vecinal. Un sábado, preferiblemente a finales del mes que viene. Música, expositores locales, pequeños puestos y quizá algunos talleres. Algo que anime a la gente a salir de casa y descubrir que en este barrio pasan muchas más cosas de las que imaginan.

—¿Y el presupuesto? -pregunté.

Helena mencionó una cantidad que hizo que me enderezara instintivamente en la silla.

—¿Eso es todo? -pregunté para asegurarme.

—Por ahora, sí.

—Con esa cantidad no podemos cubrir un equipo de sonido profesional, el alquiler de material, el personal técnico ni los honorarios de los artistas. Y eso sin contar la promoción.

—Por eso queremos aprovechar lo que ya tenemos -intervino Klemens.

Abrí mi cuaderno.

—¿A qué te refieres?

—A las personas. Los espacios. Las habilidades. No todo tiene que alquilarse.

—No todo tiene que alquilarse, pero todo tiene que funcionar. Si invitamos a músicos, necesitamos unas condiciones adecuadas para sus actuaciones. Si invitamos a expositores, tenemos que proporcionarles espacio. Si organizamos talleres para niños, necesitamos personas responsables, materiales y un plan de seguridad.

—Estoy de acuerdo.

Lo miré con cierta sorpresa.

—¿De verdad?

—Sí. Solo que no quiero que empecemos haciendo una lista de todas las cosas que no podemos hacer.

—¿Y por dónde propones empezar?

—Por lo que sí podemos hacer.

Lo dijo sin irritación. De hecho, me sorprendió que no intentara demostrar que mis preguntas eran exageradas. Deslizó hacia mí una hoja con los nombres de varios negocios de la zona, escritos a mano.

—Aquí está la panadería, que podría preparar algo para un puesto. Aquí, un taller de cerámica. También hay un señor mayor que fabrica juguetes de madera. No los vende en ninguna tienda, pero estaría encantado de enseñar cómo los hace. Y aquí tenemos un grupo ciclista que organiza recorridos por el barrio.

Examiné la lista. No era muy extensa, pero contenía nombres y números de teléfono, además de breves anotaciones junto a algunas personas. No parecía una idea improvisada cinco minutos antes de la reunión.

—¿Has hablado con ellos?

—Con algunos. Los demás me dijeron que podía llamarlos.

—Es decir, todavía no tenemos ninguna confirmación.

—Tenemos interés.

—No es lo mismo.

—Lo sé. Por eso necesitamos a alguien que sepa convertir ese interés en un plan concreto.

Noté que la señora Helena sonreía discretamente por encima de su taza. No estaba segura de si le gustaba más el

argumento de Klemens o el hecho de que no tuviera que pedirme personalmente que colaborara.

—Antes de pasar al plan, me gustaría ver el lugar -dije-. ¿Dónde exactamente se celebraría el festival?

Klemens desplegó un mapa del barrio sobre la mesa. Había señalado varios puntos con bolígrafos de distintos colores.

—Aquí tenemos la plaza junto al centro vecinal. Hay espacio suficiente para los puestos. Aquí podríamos instalar un escenario pequeño y en esta parte dejaríamos una zona para los niños. El problema es el acceso.

—Y el suministro eléctrico -añadió Helena.

—Y los aseos -observé.

—Eso también.

Durante los siguientes veinte minutos hablamos de las posibilidades de utilizar el terreno. Empecé a dibujar una distribución sencilla del evento, señalando los recorridos de paso y los posibles espacios para los expositores. Klemens desplazó mi bolígrafo varias veces para mostrarme soluciones que tenían en cuenta las costumbres de los vecinos y que yo había pasado por alto.

—Aquí no pongas ningún puesto -dijo, señalando un espacio junto a un muro bajo.

—¿Por qué?

—Los sábados por la mañana la gente pasa por aquí para ir al mercado. Si bloqueamos el paso, tendremos quejas incluso antes de que empiece el evento.

—Podemos hacer que pasen por el otro lado.

—Podemos. Pero entonces bloquearemos el acceso a la tienda.

Moví el plano y comprobé las distancias.

—Es verdad. Me alegro de que lo hayas mencionado.

No comentó que tenía razón. Simplemente volvió a su hoja. Aquel pequeño gesto me gustó más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

En cierto momento, el chico que estaba sentado junto a Helena habló con cierta inseguridad:

—¿Y si organizamos también un concurso para elegir la bicicleta más bonita?

Klemens se volvió hacia él.

—Podemos hacerlo. Pero no tenemos por qué convertirlo todo en un concurso. También podríamos crear un espacio donde la gente enseñe lo que ha hecho con sus propias bicicletas. Sin que nadie tenga que juzgarlo.

—Eso estaría bien -admitió el chico.

—Precisamente eso es lo que quiero -dijo Klemens-. No quiero organizar una fiesta a la que la gente venga, vea unas cuantas cosas y después vuelva a casa. Me gustaría que tuviera un motivo para hablar entre sí.

—Sigue siendo un evento con un horario determinado -señalé-. No podemos esperar que la espontaneidad se organice por sí sola.

—No lo espero. Solo quiero que no planifiquemos cada minuto.

—No hace falta planificar cada minuto. Pero tenemos que saber qué hacer si algo sale mal.

—¿Y tú siempre lo sabes?

—Normalmente sé qué hacer cuando algo sale mal.

—Debe de ser agotador.

Lo miré.

—¿Qué?

—Estar constantemente anticipando todos los problemas posibles.

No respondí de inmediato. Tenía razón, pero no pensaba ponérselo tan fácil.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Por supuesto. Solo que no tiene por qué ser una sola persona.

El silencio que siguió fue interrumpido por Helena, que propuso servir otra ronda de café. Me negué. Ya había tomado suficiente cafeína y, además, empezaba a tener la sensación de que la reunión avanzaba en una dirección que no había previsto.

Cuando volvimos a los asuntos concretos, saqué una hoja y escribí tres apartados principales: programa, logística y promoción.

—Si voy a participar en esto, necesito una distribución clara de las responsabilidades. No puedo ser la persona que termine respondiendo por todo lo que los demás no hayan hecho.

—De acuerdo -dijo Klemens.

—Y necesito los datos de contacto de todas las personas con las que ya has hablado.

—Los tendrás.

—Quiero tener la posibilidad de aprobar el programa antes de que se anuncie cualquier cosa.

Esta vez no respondió inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque seré responsable de la coherencia del evento. Si prometemos algo a los vecinos, tiene que ser algo que podamos cumplir.

—Lo entiendo. Pero no estoy de acuerdo con que una sola persona tenga que aprobar cada propuesta.

—No estoy hablando de todas las propuestas.

—De momento, eso es exactamente lo que parece.

Sentí que empezaba a perder la paciencia.

—Klemens, todavía no conozco a todas las personas ni las condiciones. No puedo prometer que todo el mundo vaya a tener libertad absoluta para hacer lo que quiera.

—Y yo no quiero que los vecinos sean simples ejecutores de tu idea.

—No tengo intención de tratarlos como ejecutores.

—Entonces no tendremos ningún problema.

—Precisamente lo tenemos.

La señora Helena carraspeó.

—Quizá sea bueno que seáis diferentes. Łucja se ocupa de los detalles y Klemens conoce a la gente. Necesitamos ambas cosas.

—También necesitamos a alguien que tome las decisiones -dije.

—Y a alguien que recuerde para quién las estamos tomando -respondió Klemens.

No me gustó que su comentario sonara razonable. Me gustó todavía menos no poder rebatirlo con facilidad.

Cerré el cuaderno.

—Propongo que no decidamos nada hoy. Prepararé un calendario preliminar, una estimación de los costes y una propuesta de reparto de responsabilidades. Después veremos si somos capaces de trabajar siguiendo unas reglas comunes.

—De acuerdo. Pero yo prepararé una lista de personas y posibilidades, no solo de confirmaciones.

—Está bien.

—Y me gustaría que no anunciáramos nada sin hablar antes con ellos. Si no van a tener influencia en lo que organizamos, será difícil esperar que quieran implicarse.

Me quedé mirándolo unos instantes y después asentí.

—Podemos organizar una reunión abierta. Pero antes necesito tener unas bases claras.

—Justo.

Se levantó y empezó a recoger las hojas. Cuando fui a buscar mi bolso, vi que había dejado sobre la mesa una nota con mi apellido escrito junto a un número de teléfono.

—¿De dónde has sacado mi número? -pregunté.

—Me lo dio Helena. Se lo pedí antes de la reunión para no tener que hacerte llegar toda la información a través de tres personas.

Miré a la señora Helena.

—No me lo habías dicho.

—No pensé que fuera un problema.

—No lo es. Simplemente prefiero saber a quién le facilitas mis datos.

Klemens empujó inmediatamente la hoja hacia mí.

—Si lo prefieres, no te escribiré ni te llamaré. Podemos organizar la comunicación a través de Helena.

No parecía ofendido. Tampoco intentó convencerme de que estaba exagerando. Esperó mi respuesta como si realmente me correspondiera decidir.

—Puedes escribirme sobre la organización -dije-. Pero ciñámonos a los asuntos concretos.

—Intentaré no enviarte mensajes sobre el tiempo.

—Te lo agradecería mucho.

Sonrió y, durante un instante, tuve la impresión de que ya no estábamos hablando del festival, sino de algo que todavía no sabía cómo llamar.

Fuera hacía más frío. Guardé el ordenador en el bolso y me dirigí hacia la parada del autobús. Klemens salió unos momentos después, pero se detuvo junto a su bicicleta, apoyada contra la valla.

—¿Łucja?

Me volví.

—¿Sí?

—No tienes que hacerte cargo de esto si no quieres. De verdad.

—Lo sé.

—Solo quería que supieras que no espero que hagas todo el trabajo por nosotros.

Durante unos instantes no supe qué responder. Estaba acostumbrada a las peticiones que comenzaban con la promesa de que solo se trataba de una pequeña ayuda y terminaban convirtiéndose en muchas horas adicionales de trabajo. Sus palabras no sonaban como un intento de

conseguir mi consentimiento. Más bien parecían una información que consideraba importante transmitirme.

—Ya veremos cómo va -dije.

—Ya veremos.

Seguí caminando. No fue hasta que llegué a la parada cuando advertí que, junto a las primeras estimaciones del presupuesto, había escrito en mi cuaderno una frase que no recordaba haber decidido anotar.

No planificarlo todo por todos.

No estaba segura de si era una idea suya o una reacción mía a sus palabras. En cualquiera de los dos casos, pensaba comprobar si era posible aplicarla sin perder el control del evento.

Y, sobre todo, sin perder mi martes.

Capítulo 2 - El mapa de lo posible

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, ya tenía abierta una hoja de cálculo, dos propuestas de distribución del espacio y una lista de posibles gastos. Durante la primera media hora todo avanzó según lo previsto. Sin embargo, cuando llegué al apartado de los artistas, me di cuenta de que no sabía cuántos necesitábamos exactamente. Tampoco tenía claro si el festival debía contar con un escenario principal o con varios espacios pequeños dedicados a distintas actividades.

Normalmente tomaba ese tipo de decisiones después de hablar con el cliente. Esta vez, el cliente era un grupo de vecinos a los que todavía no conocía y un hombre que, por lo visto, consideraba que no todo debía decidirse alrededor de una mesa.

A las diez y veinte recibí un mensaje.

Klemens: Tengo una lista de personas y varias propuestas. ¿Podemos encontrarnos allí y recorrer el terreno? Será más fácil enseñarte a qué me refiero.

Miré el reloj. Tenía una llamada programada para las once y después debía trabajar en la exposición. Podía encontrar una hora, siempre que no acabara convirtiéndose en media jornada.

Respondí:

Łucja: Hoy a las 12:30. Tengo una hora como máximo.

La respuesta llegó casi inmediatamente.

Klemens: Es suficiente. Te esperaré junto al centro vecinal.

No añadió ninguna broma. Tampoco preguntó si podía quedar antes. Lo consideré un buen comienzo.

A las doce y veintiocho estaba en el lugar acordado. Klemens se encontraba junto a la valla, hablando por teléfono. Cuando me vio, terminó la conversación y guardó el móvil en el bolsillo.

—Puntual -observó.

—Es una de mis pocas virtudes.

—Entonces me alegro de haber llegado a tiempo.

Llevaba una chaqueta azul marino y una bufanda clara. A su lado había una caja de herramientas y colgaba de su hombro una bolsa de lona. No parecía alguien que hubiera venido simplemente a dar un paseo. Más bien tenía el aspecto de una persona que pretendía arreglar algo antes incluso de que yo pudiera preguntar qué estaba roto.

—¿Empezamos por la plaza? -pregunté.

—Por el lado del taller. Quiero enseñarte algo.

Caminamos por la calle. Unos minutos después llegamos a un lugar donde la acera se ensanchaba junto a una pequeña zona ajardinada. Había dos bancos, una papelera y un aparcamiento para bicicletas. Klemens señaló el espacio libre entre los árboles.

—Aquí podría estar la primera parte del evento. No un escenario, sino un lugar de encuentro.

—¿Concretamente qué?

—Una mesa, unas cuantas sillas y quizá un punto de intercambio de objetos. Libros, plantas, pequeñas cosas. La gente trae algo que ya no necesita y se lleva otra cosa.

—Eso requiere organización. Tenemos que establecer unas normas para recibir los objetos y determinar quién será responsable de las cosas que se queden allí.

—Lo sé.

—También necesitaremos a alguien que se ocupe del puesto.

—Conozco a dos personas a las que les gustaría hacerlo.

—¿Confirmado?

—Una sí. La otra todavía no.

Lo anoté en mi cuaderno.

—¿Y qué pasa con la música?

—Había pensado en dos actuaciones pequeñas. Un grupo local y una persona que toque la guitarra. Sin un escenario grande.

—Entonces necesitaremos un equipo de sonido.

—Tengo un conocido que podría prestarnos uno.

—¿Y si no puede?

—Entonces buscaremos otra solución o cambiaremos el programa.

—Preferiría no tener que cambiarlo en el último momento.

—Yo tampoco. Pero no podemos planificar un evento como si tuviéramos presupuesto para cualquier imprevisto.

Me detuve junto a uno de los bancos.

—Klemens, entiendo que quieras organizar algo accesible para la gente. Yo también lo quiero. Pero si vamos a preparar un evento, necesitamos un plan básico y otro de emergencia. De lo contrario, no sabremos qué estamos prometiendo exactamente.

Me miró con atención.

—De acuerdo. Hagámoslo así.

No esperaba que aceptara tan deprisa. Ya había preparado mentalmente una argumentación que, al parecer, no tendría que utilizar.

—¿Tienes experiencia organizando este tipo de eventos? -pregunté.

—No en el mismo sentido que tú. He organizado varias rutas en bicicleta y pequeños encuentros en el taller. A veces venían diez personas, otras veces cuarenta. No había un programa para cada minuto.

—¿Y cómo te las arreglabas?

—Preguntaba a la gente qué necesitaba. Después comprobaba si éramos capaces de hacerlo.

—No es un método que pueda aplicarse a todo.

—Lo sé. Por eso estoy hablando contigo.

Lo dijo con tranquilidad, sin el menor rastro de adulación. En su voz sonó como el reconocimiento de una habilidad concreta, no como un intento de ganarse mi simpatía.

Cruzamos al otro lado de la zona ajardinada. Klemens me mostró un pequeño local cuya propietaria tenía un taller de cerámica. A través del escaparate podía ver estanterías llenas de tazas y cuencos pequeños. En la puerta había un cartel anunciando talleres para adultos.

—La señora Marta dijo que podría preparar una actividad breve para los niños -explicó-. No necesita mucho espacio. Bastarían una mesa y acceso al agua.